

XXII Pregón del Costalero

pronunciado por

Don Antonio García Barbeito

en la iglesia de San Esteban

Sevilla, 19 de marzo de 2002

**Presentación del pregonero, a cargo de
Don Antonio Martín Iglesias, Diputado de Relaciones
Externas de la Hermandad de San Esteban**

Reverendo Padre Rector de la Iglesia y Director Espiritual de la
Hermandad

Ilustrísimo señor Subdelegado del gobierno en Sevilla

Ilustrísimos señores Capitulares del Excmo. Ayuntamiento de
Sevilla

Querido Hermano Mayor y miembros de la Junta de Gobierno de
San Esteban

Señor Delegado del Consejo General de Hermandades y
Cofradías

Representantes de las Hermandades y Cofradías de Sevilla

Pregoneros de años anteriores,

Capataces, costaleros,

Hermanos y hermanas de San Esteban y de Sevilla

Dice la Real Academia que pregonar es promulgar en sitio público y en voz alta aquello que conviene que todos sepan, o hacer alabanza de una persona o cosa. Bajo las naves de esta iglesia en la muy sevillana Puerta de Carmona, es conveniente que todos sepan hoy que las vísperas están tocando a su fin, que la Cuaresma da paso ya al tiempo tan anhelado en Sevilla de la Pasión.

Y es preciso reconocer, públicamente, la figura y el trabajo de los esforzados artífices del andar de un paso, del balanceo suave de un palio, hacedores, desde la trabajadera, de levantás rotundas, de

revirás de ensueño en las esquinas de la primavera de una ciudad privilegiada por su belleza, su historia y sus costumbres. Conviene que todos sepan que cada Martes de Pasión, en San Esteban se alaba, en voz alta, al costalero de Sevilla.

Y glosando estas vísperas de gloria, en un imaginario paseo cofrade, se pregunta nuestro pregonero de hoy: “¿Qué hay más grande que una espera cuando se sabe que esa espera desembocará en la dicha plena? Nada. Quedémonos aquí...”. Y aquí estamos, con la fugacidad y la dulzura del momento presente, saboreando las vísperas que ya se van, dispuestos a paladear los sentimientos hechos palabra de este hombre de la palabra, escritor y periodista polifacético que es quien hoy viene a firmar esta alabanza, a cantar al costalero.

Años antes de estar atado a la columna periodística diaria que algunos definen, con soma, como la última forma tolerada de esclavitud; mucho antes de revelamos cada noche su radiografía de la ciudad desde esa atalaya televisiva que tanto tiene de giralda como de tertulia familiar de mesa de camilla; y de acompañar en las tardes de la radio a otro gran periodista y pregonero que ha sido desde este atril del costalero de Sevilla, Carlos Herrera, (¡vaya lujo para San Esteban, querido Hermano Mayor, su nómina de pregoneros!), mucho tiempo antes de todo eso, miraba Antonio a Sevilla desde su niñez, desde un Aljarafe que en nada se parece al que es hoy, mucho más lejano entonces, mucho más pueblo, quien sabe si intuyendo ya que un día aquella ciudad que resplandecía e iluminaba el horizonte de las noches de Aznalcázar, le reclamaría como contador de sus cosas, de sus secretos y misterios, de sus grandezas y miserias, como cronista marcado con el acento de su tierra, con la voz del sur.

“Yo declaraba Bien Cultural el habla andaluza de García Barbeito”, sentenciaba un periodista sevillano. Ese habla y esa voz, grave y

profunda, envidiable voz para ser hablada y oída, se convierten casi por sí solas en garantía para éste y cualquier otro pregón que hubiere de pronunciar Antonio García Barbeito.

El periodismo fue el vehículo que acercó al pregonero a la Semana Santa, primero con programas radiofónicos de información cofrade, en la COPE, y en la SER, con Manolo Bará y Filiberto Mira, en aquel Cruz de Guía de finales de los setenta en el que Antonio protagonizaba el rincón poético. Y después con pioneras retransmisiones televisivas en Canal Sur. Entre ellas hay que destacar. la primera retransmisión televisada de la salida de La Macarena, en 1990, y de la Esperanza de Triana, al año siguiente.

Enumerar los medios de comunicación en los que ha desarrollado su labor Antonio sería nombrar la práctica totalidad de los que en Sevilla han sido. Desde la Voz del Guadalquivir hasta Antena 3 de Radio, la SER, la Cope, El Correo de Andalucía, Onda Cero, El Mundo, Canal Sur. No creo que sea posible dar más dentro de una profesión.

En la actualidad, Antonio opina y crea opinión en Sevilla a jornada completa y desde todos los soportes posibles: de mañana, en las páginas de Andalucía del diario El Mundo; de tarde, en tertulias y comentarios radiofónicos de Onda Cero; de noche, desde el informativo de Giralda Televisión, medio éste en el que ha desarrollado un estilo propio que le ha valido, en poco tiempo, reconocimientos y distinciones, quizá la más gratificante la concedida a su anterior informativo, en Sevilla TV, por la asociación de telespectadores. Además de toda esta actividad diaria en medios de comunicación, digámoslo así, de toda la vida, Barbeito no ha querido perder el tren de los nuevos tiempos y también ha estado presente durante cuatro años con sus artículos en el periódico La Estrella Digital.

Hijo de Aznaicázar, y hermano de su Hermandad de Santiago, bajó un día a Triana Antonio y se quedó, tan unido a ella que lo terminó distinguiendo como Hijo Adoptivo. Y allí sigue, junto a la Estrella, que siente como algo suyo, y a la que siempre despide desde el Altozano para salir a su encuentro horas más tarde, y volver a casa, con Ella, camino de Triana.

“Lo he visto entrar en Jerusalén, a lomos de un borriquillo, como pasaban los gitanos para las ferias. Lo he visto, estampa a estampa, prendido, flagelado, ofendido. Lo he visto pasar con la cruz, sólo, envejecido, por el dolor y la pena. Y lo he visto caer, una, dos, tres veces. Y lo he visto crucificado, alanceado, moribundo...muerto”.

Son tus palabras, amigo Antonio. No se puede pintar mejor con ellas la Pasión de Cristo. Barbeito el periodista, el escritor, el cronista y el contador de cosas, el pregonero desde hoy, del costalero de Sevilla.

Muchas gracias

PREGÓN DEL COSTALERO - IGLESIA DE S. ESTEBAN (SEVILLA)

Gracias, querido tocayo, por tus palabras, desmesuradas como las de casi todas las presentaciones, pero así es el guión. Gracias. Y gracias a tu hermandad de San Esteban, a la que sus titulares le perdonen la idea de haberme llamado para levantar este pesadísimo paso. Todo sea por la amistad.

Lo sé, lo sé. Sé que...

*Está aprendiendo a encallar
El lomo del costalero,
Y el puño del capataz
Ensayo sobre el madero
La primera levantá.*

Lo sé. Pero es que..., es que ellos vienen a mí desde muy lejos. Ellos llevan en mí toda la vida, y más que en mí, para mí, para mi recreo, para mi gozo, para mi alegría... Es que ellos, es que ellos, amigos, por más ~~que~~ hayan pasado muchos años, están ahí, en esa sacristía de la memoria, aguardando a que humee el primer cirial, esperando a que la música empiece, a que la voz que todos sabemos se levante por cima del aire y diga lo que tiene que decir... Es que, es que ellos no empezaron a venir por estos días, es que ellos...

...Ellos llegaban al pueblo cuando las hazas ya se habían hecho trenzas de espigas en el pelo, cuando la hoja de la higuera

picaba como los primeros pecados mortales de la adolescencia y la ciruela mordida madura nos recordaba el beso que aún no habíamos compartido. Llegaban por la tarde, antes de que el lubricán se echara, lento y rojizo, sobre los rastrojos y los olivares cargados; cuando el gorrión salía de su alcoba de palmeras a refrescar sus alas con la brisa que se había bañado en el río, después de apagar los carbones de la siesta.

Venían en verano. Bajaban del autobús como treinta gladiadores de un metro 65, anchos como una fachada, fuertes como una esquina, y en sus brazos de columna salomónica había corazones de tinta cruzados de flechas. Bajaban con la suficiencia que daba haber paseado por Sevilla, con sobresaliente, los pasos más delicados, los más pesados, los de más renombre. Bajaban canturreando, cuasi retadores, orgullosos, palmoteándose los pectorales como simios que acabaran de ganar un territorio en la selva. Bajaban entre un revuelo de chiquillos que los miraban como si acabaran de salir de los evangelios de la capital. Traían ya sobre su cuerpo muchas primaveras de martillos, de interjecciones, de voces, de susurros, ese lenguaje de mando del que va por fuera y levanta un faldón como si levantara la tapa de la boca de una mina para hablarles a los que pican en la galería. Traían, en un tatuaje morado entre los omoplatos, cien cristos y cuarenta vírgenes ensartados en veinticinco saetas. Traían encima mucha primavera de incienso y miel, agua y vino, medio humana y medio divina, que los había marcado como si fueran un inconfesado reducto de

esclavos consentidos. Y traían encima la dura cofradía del muelle –esta vez, cristos ellos de una pasión atravesada por la lanza de un jornal impagable-; traían mucha cruz de fardos, mucho madero de mercancía... Por eso eran así. Y por eso andaban con el compás de una marcha que les iba por la sangre –dos marchas, una festiva y otra obrera, aunque obreras las dos- y miraban con ojos de dos siglos. Llegaban un punto chulos, abiertos de hombros, en camiseta muchos, bajo el brazo, un lío –“eza es la ropa pa despué”, decían los chiquillos-, una faja negra como si le guardaran luto a una cintura perdida, y muchas ganas de cachondeo. Charlaban con los músicos que afinaban instrumentos antes de la función, o se iban a algún mostrador de café, o se sentaban en los bancos de la plaza como una cuadrilla de temporeros.

El manijero –quiero decir, el capataz- destacaba. Camisa blanca como una pared de fiesta y traje y corbata negros, como una pena de corte y confección. La chaqueta, terciada en un brazo; la corbata, con el nudo corrido, como una negra horca indecisa, y desabotonada la tirilla. El traje tenía encima más cristos y más vírgenes ~~que~~ los costaleros. Cuarenta planchados de cuaresma y alguna gota de cera que se quedó, como una lágrima de pobreza, en algún pliegue de la manga. El traje brillaba frente al sol de la tarde de julio como un mueble de ébano charolado. El capataz, moreno, delgado, con aires de ruina señorial, sonreía y dejaba ver un diente de oro gastado. Voz como una tormenta herida de relentes, como un Fillo de Carrera Oficial, carraspeaba y parecía que acababa de

cantar por seguiriyas o que fuera a templarse por soleá. Era como un cantaor de tonás muy íntimas, de tonás que también tienen un son de golpe de martillo... Una voz que es más una saeta de un solo grito sostenido que una llamada firme. ¿De dónde venía aquel mandamás que tenía aires de tratante de martinetes?

El capataz. Costalero con galón, sargento chusquero que había pasado de obedecerlo todo a mandarlo todo, con un cabo contraguía siempre con la vista como una plomada, y un aguaó, oasis ambulante, presto como un asistente. El capataz. Su voz son los ojos de los costaleros. Es el capitán de una cuadrilla de lo oscuro, y, al mismo tiempo, lazarillo de ella. ¿Quién es? Habla él y calla todo. No hay una sola voz capaz de medirse a ella. Ninguna. Ni idioma como el suyo: valiente, cariñoso, seco, enérgico, suave, casi cantado a veces.

Al atardecer, cuando los vestidos pasaban y dejaban un invisible vuelo de alcanfor, cuando los hombres se habían puesto su traje de patén y sus botas nuevas, aquellas botas que recién embetunadas crujían como un suelo de tablas viejas; cuando la música sonaba, cruzaba por dentro de la iglesia, despacio, un ciempiés ciego calzado de alpargatas, y los ojos de cristal de los santos de altar miraban con un miedo de éxodo o expolio. Silencio. La música, desde la puerta, entra en la iglesia como un bando de asustadas palomas de cobre. El atardecer dora el ladrillo mudéjar, las campanas aletean como cigüeñas pilladas con liria, locas,

golpeando el aire limpio donde los cohetes nublan efímeramente el azul festivo del cielo... Más silencio. Una voz y un martillo, una orden, y adelante el paso, alegre, o levantándolo como si la virgen que se enmarca en la ráfaga hubiera tenido una intención de repentina ascensión... Cuando el paso ganaba la calle, otra vez el martillo y el primer descanso. Ya sus torsos eran un mármol moreno por donde resbalaba la lluvia del sudor. Levantaban el faldón para pedir agua, para tomar aire o para mirar las piernas de día de fiesta de las muchachas que pasaban por delante de sus ojos como un bosque vestido con medias de cristal. Y el aviso con el codo, malicioso, al compañero, y el piropo, como una saeta de conquista que buscaba enamorar a las vírgenes rurales que esa tarde habían cambiado las alpargatas del campo por los zapatos de tacón alto, andaban aliviando la sobadura y miraban de reojo como si estuvieran cercadas por cien espejos indiscretos. Tenían fuerza aquellos hombres que se tocaban de un extraño turbante de tela de costal, y miraban como si fueran parte de un ejército en cuclillas que viniera a poner Media Luna sobre las cruces... Tenían fuerza...

Y otra vez el martillo, y la mecida cuando sonaba -¡qué triste suena en verano! "Pasan los campanilleros"... Otra chicotá, y otra, y otra... iban ellos indiferentes a los vivas y las emociones, pendientes de su oficio. Cuando la medianoche pedía entradas de santos y las marchas sonaban como una lejana nostalgia, la iglesia apagada tenía silencio de Jueves Santo en oficio. Canastilla de claveles cansados, virgen cansada. Ellos hacían el último esfuerzo

al son del silencio, primero, de la marcha real, después, de las palmas, siempre. Y saltan del paso como si en la arena de un circo sagrado acabaran de vencer al león del cansancio que les mordía bajo la nuca. Saltan como buscando la corona de laurel que merecían. Más arrogantes que al principio, cogían un clavel del paso, lo besaban, se santiguaban delante de la imagen y —otra vez el lío bajo el brazo— se iban en grupo, bromeando, encendiendo un cigarrillo, camino de una copa y una bolsa de comida, cirineos a jornal de un día de fiesta en el pueblo...

Días después, los chiquillos desamueblábamos el comedor, sacábamos una mesa, le echábamos una sábana por encima, subíamos a una chiquilla, la vestíamos de flores del campo, le dábamos una mano de almirez por cetro, le poníamos un sombrero de palma por corona y cruzábamos el pueblo como si fuéramos la cuadrilla del Moreno. La música, pitos de caña; los túnicas nazarenas, sacos; y una saeta que nadie escuchaba clavaba su misericordia en aquellos niños que soñábamos ser costaleros de Sevilla.

Los viejos costaleros.

Hoy es otro mundo, pero el mismo. Hay promesa donde ayer estaba el jornal, pero es lo mismo. Cuadrilla de costaleros, gallegos, gente del Muelle, cargadores como eternos atlantes de lo sagrado o hermano costalero que se deja a piel por tener un sitio allá abajo. Al final, es lo mismo: ponerle pies a lo sagrado. Que si Dios fue capaz de andar sobre las aguas, ¿vamos a dejarlo sin andar por Sevilla,

que es más fácil? Se abre una Jerusalén del silencio y el grito unidos; al cielo azul le salen ojales de silencio donde se abrocha el azahar; el aire se droga de incienso y cera y la saeta cruza con sus veras de cuchillo desde el suelo o desde el balcón donde la miel chorrea como la sangre de un milagro de sartén, donde la mantilla pone encajes de respeto y presunción, la promesa se santigua o el cáliz de un catavino se levanta, glorioso, y sabe a sangre de Cristo.

Un mundo de sentidos, de sabores. Tiembla en el aire sevillano un enjambre de emociones que no caben en ninguna Biblia, que rebosan como rebosa del pecho un suspiro hondo, enamorado. Sevilla en Semana Santa. Lo divino y el hombre entendiéndose como sólo ellos saben. Dejémoslos. Llevan siglos así, tratándose así. Pasa el esplendor, como siempre, pero abajo sólo es posible la entrega, sólo la entrega. Otra vez el costal, otra vez la fuerza ahí, en la delicada hondonada donde a un hombre le cabe, entera, la Pasión de Jesús. Costaleros, hermanos costaleros, aficionados costaleros. Costalero promesa, costalero amor, costalero pasión, costalero penitencia... Y costalero orgulloso, siempre, como aquellos de ayer, aunque por otra causa, por otra razón, que quizá en el fondo sea la misma: levantar un credo, una cultura, una tradición, un amor o un desafío...

¿Quién es más nazareno que el costalero? ¿Quién da más de sí para los otros? Sauna de sudores forzados, alcoba sin puertas donde conviven treinta, cuarenta hombres agarrados a un madero como la

figura de un Jesús Nazareno ante la que no nos santiguamos. Corona de espinas lleva el Cristo, ¿cuánto duele la corona de un costal? Flagelado va el Cristo, ¿cuánto duelen los latigazos del sudor? Caldo va el Cristo... ¿cuánto tiempo lleva sin ponerse derecho el costalero?

Y todo bien hecho, que después vienen los comentarios, y en Sevilla no vale sólo hacer las cosas: hay que hacerlas bien. Que en la Semana Santa de Sevilla nadie, por más oculto que vaya, puede pasar inadvertido. Que cuando el capataz, en un plural solidario, diga "¡Vámonos!", hay que irse, pero además hay que saber irse. ¿O es que Dios o su Madre van a andar de cualquier manera? El costalero se hace responsable de los pasos de lo divino. Incluso se levanta para igualar al Cristo. Si Éste le dijo a Lázaro "¡Levántate y anda!", en Sevilla es el costalero quien se lo dice al Cristo (y a su Madre): "¡Levántate y anda conmigo, sobre mí, para que escribas la Pasión en el palimpsesto de mis calles, para que queden escritos sobre la piedra los cien mandamientos del deseo de Sevilla... Y el primero es "No dejarás que Dios ande solo".

El costalero de Sevilla. Y ante él, sobre él, las figuras de Dios y su Madre. Y Sevilla, que completa la trinidad que el costalero necesita. Jesús y la Virgen. Dos figuras que Sevilla no entiende en el mismo grado, o, al menos, en la misma necesidad.

La figura de Jesús es la Fuerza. Ya la representemos crucificada o cautiva, caída o presentada, cargada con la Cruz o vendida, agonizante o muerta. Jesús, en Sevilla, tiene manifiesta la difícil dualidad Dios-Hombre. Jesús, en Sevilla, es Dios que va en el cuerpo del Hombre, pero que no puede actuar porque así lo ha

dispuesto la Voluntad. En la figura de Jesús vemos por fuera al Hombre y sabemos que, latente, Dios está "allí" dentro, aunque sólo sea el Hombre quien tenga el "protagonismo". Dios, en el Jesús sevillano de la Pasión, es espectador del Hombre, "viajero" en Él. Y aguarda el momento de la permuta, el momento en que el Hombre, sin fuerzas, tenga que dejar de ser humano para alcanzar la divinidad absoluta. Pero siempre Jesús es el poder en la Pasión que representa Sevilla, la otra cara de la medalla donde ya hemos visto a María tan dulce como tierna, tan delicada como dolorosa, tan madre traspasada de dolor como esperanzada esperanza.

Sevilla, porque así lo concibe, sabe que habrá de ser fuerte con María, cuidadora, delicada, piropera, galante, amiga y doncella. Sevilla tiene que "vestir" el dolor de María en la Pasión; Sevilla trata a María con manos de mujer y a Jesús lo mira con respeto de hombre.

Jesús no admite -por más que lo levanten, por más que le canten, por más que le digan-, ni Sevilla se lo da, otro trato que el de la "humana divinidad" de quien es El Salvador. Y lo sabe. Sevilla, a María, la conforta; a Jesús le pide fuerzas. Sevilla podrá fiarle su esperanza a María, pero a Jesús lo llama cuando ya no puede más, cuando sabe que el problema sólo en Él tiene la solución. Jesús es la Fuerza. Y esa Fuerza es tan asimilada por los sevillanos que incluso después de muerto se la solicitan. María es distinta. Con María, el sevillano es consciente de todo cuanto Ella ha sufrido, y adopta una actitud de sentimiento acompañado, de duelo compartido, de amiga que quiere, como sea, aliviar el luto, por más imposible que eso sea. Con María, Sevilla sabe -o al menos lo cree- que puede ser útil, que su mano se precisa. Pero ante Jesús, no. Ante Jesús, Sevilla llega siempre con menos fuerza que la que tiene delante. Si ante María, aunque Ella esté expectante, Sevilla llega con ánimo de socorro, ante Jesús, aunque lo vea muerto, le pide, sabe que, por pocas fuerzas que le queden, es la Fuerza. Sevilla, cuando se pone delante a Jesús, sabe que está ante Dios-Hombre, y eso no es cualquier cosa. Sevilla admite no su inferioridad -que la tiene- sino su confesada fe en que Ese poder es el absoluto. Mas Sevilla mira a Jesús y mira al Hombre. Sevilla, para tratar con lo absolutamente divino, se va a un rincón en silencio, umbrío. Y pide, casi sin abrir la boca. Cuando mira al Jesús de la Pasión, mira al Hombre, pero sabe lo que decíamos antes: que dentro va Dios. Sevilla trata con Jesús y, por más que allane el trato, siempre labra un escalón de respeto entre los dos; es el escalón que distingue los niveles del Hombre y de Dios. Por eso la palabra de Sevilla nunca será igual cuando le hable a una Virgen que cuando le hable a Jesús. Sin que nadie lo dicte, el sevillano sabe que nunca podrá ser lo mismo. Para Sevilla, María es ya Virgen desde que se la encuentra; Jesús es el tránsito del Ser entre el Hombre y la Divinidad. María está, por decirlo de alguna manera, consumada; es lo que es y lo que será. Jesús, no; Jesús es un proceso, un desarrollo, un camino. Y Sevilla lo acompaña durante ese trance, y lo hace con todo el respeto y toda la dependencia posible, porque sabe que va acompañando al último Hombre y al primer Dios, como si

acompañara a un río de corto recorrido desde su nacimiento a su desembocadura, como si asistiera -que asiste- a la permuta de la flor por el fruto. Sevilla es testigo de ese tránsito. Y por eso, porque sabe que todo está en Él, es por lo que, mirándolo como Hombre, lo sabe Dios. Y en ese Dios -y en ese Hombre- es donde Sevilla encuentra todas las fuerzas.

Y para que esa Fuerza siga, persista, se fortalezca aún más, brava y dura, varonil y recia, de alguna parte Sevilla saca un aliento que busca al Hijo del Hombre. Como un agua octosílaba, como un pan sonoro, Sevilla le ofrece a Dios su última fuerza: la saeta.

Mas por esa misma razón, Sevilla no puede sacar a la calle, de la misma manera, la figura de Jesús como la de la Virgen. Es distinto. Un costalero sabe qué va arriba, y lo mima, lo mece, o lo levanta como si fuera a llevarlo al cielo de noche, sin hacer ruido para no despertar a los ángeles de sueño ligero.

Los vemos venir y sólo con mirar abajo sabemos qué llevan. Ellos saben cómo han de ir, cómo han de hacerlo. Un picor de orgullo y casta, un esfuerzo sobre el esfuerzo -por lo que sea, no se metan ahora a querer descifrar los imposibles porqué de la ciudad- para llevar a la suya. La suya. Ahí está la clave. La suya, la mía. Lo mío. Y lo mío, que es al final lo de todos, es sagrado, amigos. Porque los costaleros, como todos los demás sevillanos, saben que esta ciudad -lo he dicho alguna vez- es una compañía de apasionados actores que interpreta como nadie una sola obra: Sevilla. La interpreta según su fe, según su amor, según su tradición, según su apasionamiento, incluso según sus errores. Pero... ¡cómo queda la obra!

Nadie los convoca, nadie les dice cuándo, a qué hora. Llevan un almanaque en el alma. Oficio. Esos sevillanos son los que ahora preparan -otra vez- su más grande obra. Y esa gran obra no puede ir sobre ruedas, ni en parihuela, ni con ruido de motor... Los pasos no pueden rodar ni cojear como si fueran sobre un empedrado. Los pasos -la Pasión- tienen que andar, y andar es andar, y andar sólo se puede conseguir con alguien que vaya allí debajo y ande, y se mueva, y se estire en una levánta que hace rozar las potencias con las nubes.

Costaleros de Sevilla, ayer, hoy, mañana; costaleros de Sevilla, a jornal, por promesa, por amor, por tradición, por orgullo, por honrada presunción... Costalero de Sevilla. Ese costalero que se siente tan grande, está tan dentro de la pasión que habría que modificar los evangelios para hacer justicia. Ese costalero de Sevilla que mira a la Virgen y le pregunta...

*Si vas de Dolor morena
Y a ti te levanto yo,
¿quién tiene al final más pena?*

Y mira a Dios y le pregunta...

*Si la Cruz la llevas Tú
Y a ti te levanto yo,
¿quién tiene al final más Cruz?*

Se siente grande el costalero. Lo es. Sabe que sin él nada de lo mucho hermoso sería posible. Se siente grande.

*Pesa el aire encerrado como el plomo,
Arco cansado es ya cada costilla;
Treinta kilos de Dios sobre los lomos,
¿no es acaso el costalero de Sevilla
más eccehomo él que el Ecce Homo?*

*El sevillano trataba
De explicar lo inexplicable,
En torno a un grupo de amigos
De otro lugar, de otra parte.
El sevillano decía:
"Yo conozco lo que nadie.
Distingo a Dios y distingo
A su santísima Madre
Por detalles que son míos,*

*Pero, eso sí, son detalles
 Que necesito tener
 A mano para explicarme.
 Verán: yo a Dios y a María
 Los conozco por mis calles,
 por mi ciudad, en primavera,
 cuando el azahar y el aire
 se entienden en los naranjos
 como dos novios formales
 y el incienso me ha dejado
 un buen punto de cofrade
 y se oyen las cornetas
 y las saetas..., y salen
 nazarenos de antifaz
 y gente de todas partes.
 Yo aquí no conozco a Dios,
 Ni reconozco a su Madre.
 Yo aquí me pierdo. Yo veo
 Por ejemplo, cualquier tarde,
 Pasar un crucificado
 Con gente seria delante,
 Cuatro cirios apagados
 Y una tristeza muy grande,
 Y, qué queréis que yo os diga,
 Que sí, pero..., no es bastante.
 O pasa una Dolorosa
 Sin que como un arriate
 Le hayan puesto el pasopalio,
 Sin gracia suya en el talle,
 Sin unas flores sencillas
 Y mecidas elegantes
 y... Sí, sí, yo me santiguo,
 pero es que eso no me sale
 de donde me sale a mí
 cuando yo estoy en mi aire.*

*-“¿En qué conoces a Dios
 y en qué, también a su Madre?*

*¿En el nombre, en el vestido,
 en las flores, los varaes,
 en que vaya Dolorosa,
 crucificado, expectante;
 en que lleve una corona
 de oro macizo y brillantes;
 o que lleve el Nazareno
 potencias, túnica grave...?*

*No, amigos. No es ni en el nombre
 Ni en nada de eso. Es que, ¿sabes?
 Conozco a todas mis Vírgenes
 Y a mis cristos en la calle
 por lo mismo que conozco
 a mi padre y a mi madre;
 por lo mismo que conozco
 a todas mis amistades,
 toda mi familia entera
 y algunos más que yo trate.
 Por lo mismo que conozco
 A mi novia en todas partes,
 Aunque me venga de frente
 O que de perfil me ande,
 Me la encuentre por detrás
 y con traje y con tirantes.
 A mis Vírgenes, mis Cristos,
 Yo los distingo al instante,
 En cuanto los vea pasar,
 O sea, ¡por los andares!
 Y los andares los dan
 Los de abajo, los de arte,
 Los que me han acostumbrado
 A distinguir. ¿Es bastante?*

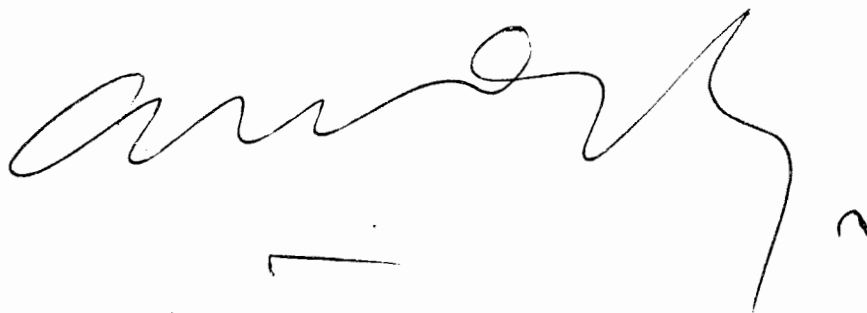
*Pero si hasta el mismo Dios
 Lo ha comentado, compadres.*

*No quiero luces ni flor,
Ni tanto lujo de plata.
Una cosa más barata,
Algún detalle de amor.
Mas que no falte el rumor,
De mi gente costalera,
Esa gente que me espera
Para llevarme en un vuelo
Hasta las veras del cielo
Con una trabajadera.*

*Que aunque parezca sencilla
Esa otra Cruz del costero,
Vale mucho mi cuadrilla.
Y yo soy Dios y no quiero
Pasearme por Sevilla
Si no es con mis costaleros.*

Muchas gracias

*A. García Barbeito
Aznaalcázar (en casa), tarde del
19 de marzo del año 2002.*

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'A. García Barbeito', written in a cursive style. The signature is located below the typed name and date.